

PIEZA DEL MES

Ciclo 2006

Los mensajes de la cerámica



octubre 2006

Hidria griega
de las *Muchachas en la fuente*

Igor Ochoa Soto / Sala 16



MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

DESCRIPCIÓN Y FUNCIÓN

La hidria es un vaso destinado a recoger, transportar, contener y verter líquidos y, como cualquier otro vaso griego, su forma responde a estas funciones: su gran cuerpo de forma ovoide sirve para contener el líquido, mientras que su alto cuello con gran boca circular sirve para recoger el agua y verterla. Sin embargo, lo más característico de la hidria son sus tres asas, de utilidades diferentes: el asa vertical, que une la boca al cuerpo, es adecuada para sujetar el vaso inclinado mientras se recoge el agua del caño o se vierte y las dos asas horizontales lo son para transportar el vaso con las dos manos en recorridos cortos porque en los trayectos más largos la llevaban las mujeres en la cabeza, tal como ilustra la escena.

A la perfecta adecuación entre la forma y la función se añade la belleza del diseño, resultado tanto de la proporción y articulación de sus partes como del dominio de la técnica de “figuras negras” y de la composición artística con las que se ha ejecutado la expresiva escena que la decora.

Por otra parte, este vaso está muy relacionado con la vida de la mujer por utilizarse muy especialmente en los rituales nupciales o funerarios en los que la mujer tenía un papel destacado. La escena que la decora, y que analizaremos más adelante, alude precisamente a uno de estos rituales.

Por estas características, esta hidria con la escena que la decora debió de ser un encargo hecho ex profeso por una familia noble con la intención de utilizarla en alguna fiesta o acontecimiento, porque para recoger el agua de uso cotidiano se utilizarían hidrias de cerámica más vasta.

TÉCNICA, AUTOR, DATACIÓN Y LUGAR DE FABRICACIÓN

Elaborado a torno el recipiente, las asas y el pie fueron realizados aparte y después pegados con ayuda de arcilla blanda. La técnica decorativa es la llamada de “figuras negras” porque las figuras pintadas y cubiertas con barniz negro destacan sobre el fondo rojo. Este barniz o pintura era una preparación especial realizada con la misma arcilla pero más fina y compacta, que se aplicaba con pincel y que, tras la cocción, adquiría un color negro brillante. Los detalles de la anatomía y del vestido se hacían con finas incisiones que se pintaban de blanco o rojo.

En los alfares de la ciudad de Atenas, las tareas estaban diversificadas: correspondía al alfarero conformar las piezas en el torno y al maestro pintor, pintar las escenas que las decoraban. Al autor de esta hidria se le conoce como el pintor de la Fuente de Madrid porque fue con esta pieza con la que se definió su estilo propio, aunque se desconoce su nombre verdadero.

En cuanto a la datación, se le supone una fecha entre el 520-510 a.C. por corresponder sus características con los últimos momentos de la producción con esta técnica de figuras negras, que se desarrolla desde finales del siglo VII hasta finales del siglo VI- principios del siglo V a.C. Su época de mayor esplendor corresponde a los años 570-525, aunque desde el año 530 a.C. va siendo sustituida por la nueva técnica de “figuras rojas” que surge en este momento.

En 1874, entró a formar parte de las colecciones del Museo como parte integrante de la colección del marqués de Salamanca, gran coleccionista de arte antiguo del s. XIX, comprada ese año.

ICONOGRAFÍA E ICONOLOGÍA

La escena principal sobre el cuerpo del vaso presenta a un grupo de mujeres a ambos lados de una fuente, unas van a recoger agua y otras se retiran con sus hidrias llenas.

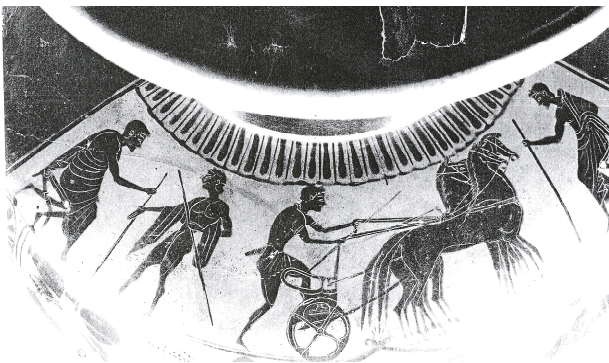
La fuente, en el centro, se representa como un edificio columnado, con techo a dos aguas y frontón de estilo dórico rematado por una palmeta típicamente arcaica (anthemion). En su interior, dos caños con forma de cabeza de león, adosados al muro, vierten el agua (pintada de color rojo) sobre unas pilas blancas que servían para apoyar los recipientes cerámicos a la hora de la recogida. Sobre una de estas pilas, un niño desnudo se divierte limpiándose. Puede que se trate de la representación de la famosa fuente de los Nueve Chorros, mandada construir por el tirano Pisístrato que, siguiendo la costumbre de los tiranos atenienses, favoreció la construcción de obras públicas. Esta fuente fue muy querida por los ciudadanos atenienses y de ella se recogía el agua para el baño ritual previo al matrimonio o para los ritos funerarios. Su representación en este recipiente cerámico puede ser, por tanto, un ejemplo más de la utilización de la cerámica como soporte de propaganda política, factible porque fue una industria también protegida por el poder.

Las mujeres van elegantemente vestidas con túnica y manto. Algunas llevan *sakkoi* en la cabeza, otras un característico peinado arcaico, pero todas llevan el anillo de tela o *tyle* sobre la cabeza para sostener el vaso. Dos de ellas acercan sus hidrias a la fuente para recoger el agua; otra se acerca con la hidria vacía, horizontalmente dispuesta sobre la cabeza, y las otras dos muchachas se alejan oliendo una flor roja, también con la hidria sobre la cabeza, pero esta vez llena y colocada de manera vertical.

Estamos ante una imagen festiva, como demuestran las ramas que adornan la fuente y que llevan las mujeres. Probablemente se trate de una fiesta en la que la mujer es protagonista y que le da la oportunidad de salir de casa y participar en la vida comunitaria. Quizá se trate del momento, dentro del ritual del matrimonio, en el que las

muchachas se encargaban de ir a buscar agua a la fuente para el baño ritual de la novia. Pero también puede tratarse de un momento de las *anthesteria*, fiesta dedicada al difunto y en las que las familias mandaban a una muchacha a la fuente a buscar agua para las abluciones y la bebida ritual del difunto. También puede tratarse de otra fiesta ateniense, la *hidrophoria*, estrechamente vinculada al agua.

En los hombros del vaso se representa una escena de partida del guerrero. En el centro, un hombre se dispone a subir a una cuadriga. A la izquierda, otro hombre habla con un tercero sentado y, a la derecha, un cuarto hombre, sentado en un *diphros*, observa la escena (Imagen 1). Esta escena puede tener también una relación con lo funerario, ya que se identifica con la despedida del difunto heroizado, muy común en las estelas áticas de este período. Pero, en este caso, creemos es más conveniente leer la escena secundaria como el complemento masculino a la escena principal. El hombre está representado en uno de sus roles más nobles, el de guerrero. Manifestación primera de la virtud (*arete*) dentro de una moral aristocrática, que en este siglo vive uno de sus últimos momentos de esplendor. Frente a él, las mujeres de la escena principal son representadas en una acción cotidiana (ir a la fuente) de acuerdo con el rol social que les estaba destinado dentro de esta moral.



Hidria. Detalle con partida del guerrero.

A través de la escena del cuerpo y de los hombros de la hidria se representan, por lo tanto, los valores de un grupo de edad y de una clase social determinada: la de los jóvenes nobles atenienses. Se hace hincapié en el rol de la mujer y en su mundo, contrapuesto en cierta manera al del hombre.

Rodeando la escena principal, por tres de sus caras, encontramos un friso de palmetas entrelazadas muy típico de este tipo de vasos en esta época.

A continuación, vamos a interpretar estas escenas en su contexto social, lo cual nos lleva a centrarnos en los ritos de paso femeninos que insertan a la mujer en el papel que la sociedad arcaica y clásica le tiene reservado. Concretamente en el principal: el matrimonio.

LA VIDA DE LA MUJER Y LOS RITOS FEMENINOS: EL MATRIMONIO

En la sociedad griega, diferentes ritos de paso, revestidos de aspectos religiosos y rituales sociales de fuerte carga simbólica, marcaban la entrada del individuo en la colectividad y sancionaban el puesto que ocupa en el grupo social. Estos ritos eran diferentes para cada sexo: la muchacha solo disponía, para integrarse en la vida de la colectivi-

dad, de las fiestas religiosas y, sobre todo, del matrimonio, como correspondía al papel secundario y de sumisión que se le asignaba; el varón contaba, en cambio, con una gran cantidad de ritos de iniciación, que sancionaban finalmente su acceso a la calidad de ciudadano: la caza, el ejercicio militar, etc., de acuerdo con la visión que la sociedad griega quiere transmitir del varón como audaz guerrero, valiente cazador... La hidria que nos ocupa representa un claro ejemplo de estos roles fundamentales. No olvidemos que, por medio de las imágenes, la sociedad griega construye y reproduce su identidad y perpetúa su organización ideal.

Uno de los roles fundamentales de la mujer ateniense, y también de la espartana, era el de esposa de ciudadano y, por ello, el matrimonio era el rito de paso fundamental en su vida, el que marcaba el fin de la pubertad y el inicio de su vida adulta.

En épocas arcaica y clásica, la elección del marido no correspondía a la mujer, sino a su padre o, en ausencia de éste, a sus hermanos o familiares masculinos más próximos. No se daba importancia al amor o al enamoramiento, que fue un concepto que se descubrió a partir del helenismo. Además, difícilmente podían enamorarse dos jóvenes que, antes de la boda, seguramente no se conocían. La elección de la novia se solía hacer en función de los intereses materiales o simbólicos, de las relaciones que se querían crear, mantener o fortalecer con otras familias, etc. La novia debía aportar además una dote a su marido, que consistía en joyas, ropas, esclavos, etc. La dote constituía una especie de seguro para la esposa, porque en caso de divorcio debía ser devuelta al padre. El matrimonio se llevaba a cabo, en definitiva, por convenciones sociales y religiosas, y su fin era obtener hijos con los que perpetuar la ciudad, asegurarse el cuidado en la vejez y el entierro según los ritos establecidos, y mantener el culto familiar. Es decir, para el hombre, el matrimonio, aunque fastidioso, era un deber cívico. En algunos lugares, como en Esparta, se castigaba a los solteros recalcitrantes.

La mujer ateniense solía casarse con un hombre bastante mayor que ella, normalmente unos diez años mayor. La edad normal para contraer matrimonio en el caso de las mujeres estaba alrededor de los 15 años y de los hombres en torno a los 25-30 años.

El rito formal del matrimonio era un acto jurídico privado denominado *engyé*, que significa entrega de una prenda. Se trataba de un juramento solemne ante los dioses, cuya ruptura conllevaría un castigo por parte de aquellos. Se producía en presencia del pretendiente y el *kyrios* (representante) de la joven, de su padre si aún vivía y de algunos testigos. Pretendiente y representante se estrechaban la mano y se intercambiaban algunas frases rituales. No sabemos si la futura esposa acudía a esta ceremonia, lo que es seguro es que, de estar presente, no tomaba parte activa en la misma. A partir de este momento se consideraba que legalmente los novios eran esposos, aunque en los

días sucesivos se realizaba toda una serie de rituales que no conocemos con exactitud y que culminan en la ecdosis, la entrega de la novia al esposo, y el traslado de la mujer a la casa del marido. Era el último acto del matrimonio y constituía la parte pública del mismo, en la que la comunidad se hacía partícipe del enlace y lo integraba en su seno. Los rituales se desarrollaban a lo largo de tres días, denominados sucesivamente como: *praílía*, *gámoi* y *epaílía*.

El primer día, la novia consagraba a los dioses sus juguetes de niña y los objetos que habían presidido su infancia. También, en ocasiones, un mechón de sus cabellos y un fragmento de su cinturón. Estas ofrendas tienen un valor de rito de ruptura con la vida anterior de niña y sancionaban el fin de la pubertad y su paso a la vida adulta. El novio procedía, por su parte, al sacrificio de varios animales a las divinidades protectoras del matrimonio, en una ceremonia que se denomina *proteleia* (literalmente, anterior al matrimonio).

La última ceremonia del día anterior a la boda era el baño de la novia, aunque en ocasiones podía tener lugar la mañana misma de la boda. El agua utilizada para tal fin era recogida por las amigas y muchachas de la casa de la novia y, vertida en un lutróforo o vaso especial, era llevada a la novia a la luz de las antorchas y en compañía de un tañedor de aulós. El baño nupcial tenía, además de un componente higiénico, el doble valor de rito de ruptura con la vida anterior y rito de fecundidad, al igual que el agua hace a la tierra fértil.

El 3º día era el de los esponsales, *gamos* en griego. Para esta ocasión, las casas de la esposa y el marido estaban decoradas con hojas de olivo y laurel. Se realizaban sacrificios y un banquete en casa del padre de la novia, al que ésta asistía con sus mejores galas (solía llevar *chiton* e *himation* cubriendo en ocasiones la cabeza) e iba cubierta con un velo. Se celebraba en presencia de las dos familias y algunos amigos, y marcaba el comienzo de la alianza entre ambas partes, ya que el banquete era una institución creadora de vínculos. Hombres y mujeres participaban en el banquete en mesas separadas. Se servían algunos platos típicos, como las tortas de sésamo, símbolo de la fecundidad, y un joven, cuyos dos padres estuvieran vivos, repartía pan entre los invitados mientras recitaba fórmulas rituales. La velada estaba amenizada con música y cantos. Después del banquete, la novia recibía los regalos.



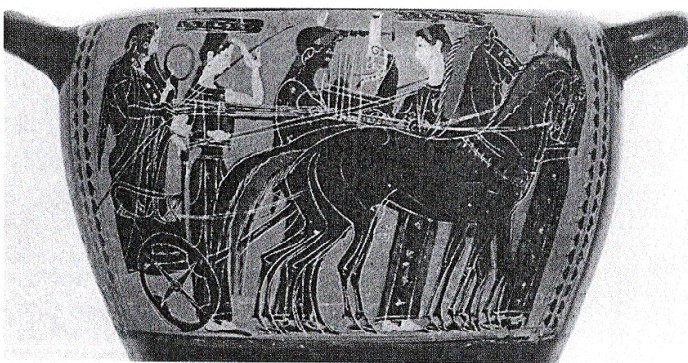
Lebes. Escena de baño femenino.

También al final del banquete, tenía lugar un último acto: el cortejo nupcial llevaba a la esposa desde el domicilio paterno a la casa del marido, su nuevo hogar. Era el momento además, de la *anakalyptéria*, esto es, cuando se retiraba el velo a la novia. El cortejo se realizaba al anochecer y es una imagen muy representada, ya que se trata del momento en que la

boda desempeña su papel más público y relacionado con la comunidad. Un carro tirado por mulos o bueyes y llevado por los amigos del novio, trasladaba a los nuevos esposos a la casa del marido. La esposa llevaba un telar y un tamiz, símbolos de su futura actividad doméstica. Y tanto ella como el novio estaban coronados y adornados con cintas y guirnaldas. El carro avanzaba lentamente y padres y amigos lo seguían a la luz de las antorchas, al ritmo del canto del himeneo con acompañamiento de cítara y aulós. La madre de la novia llevaba una tea en las manos. Los padres del novio esperaban en la puerta de la casa. Él con una corona de mirto sobre la cabeza y ella con una tea. Se extendían sobre la novia nueces e higos secos y se le ofrecía una ración de la tarta nupcial, hecha con sésamo y miel, y un membrillo o un dátil, símbolos de fecundidad. El cortejo se representa en numerosas vasos con los novios montados en cuadriga (que no se utilizaba) y con la inclusión de personajes parecidos a divinidades: por ejemplo, un hombre parecido a Apolo tocando la lira. Se trata de una referencia a la esfera religiosa e indica que el cortejo nupcial humano imita el ideal del cortejo divino. Con ello se indicaba también que la ceremonia era fundamental para mantener el orden social y político, ya que se apoya directamente sobre el modelo ejemplar divino. El acto y su representación sancionan el orden establecido y las bases de la comunidad en la que se integra la nueva cédula familiar. No olvidemos que el matrimonio es ante todo un deber cívico, por medio del cual no solo se perpetúa la familia, sino también la comunidad a la que ésta pertenece: la polis.

Más tarde, la pareja entraba en la cámara nupcial (tálamo), mientras, tras la puerta cerrada, se cantaban himnos para alejar a los malos espíritus. Es evidente que el lujo de estas ceremonias dependía de la clase social de los novios, pero en algunas ocasiones llegó a ser tan opulento que algunas leyes intentaron marcar un poco de control.

El día siguiente de la boda era también un día festivo: los padres de la novia llevaban solemnemente, al son del aulós, regalos a la nueva pareja y es entonces quizás cuando se daría la dote. Esto lo vemos en un lebes nupcial de la sala XVI vitrina 4, en el que se representa la entrega de regalos a la novia (Nº inv. 11264)

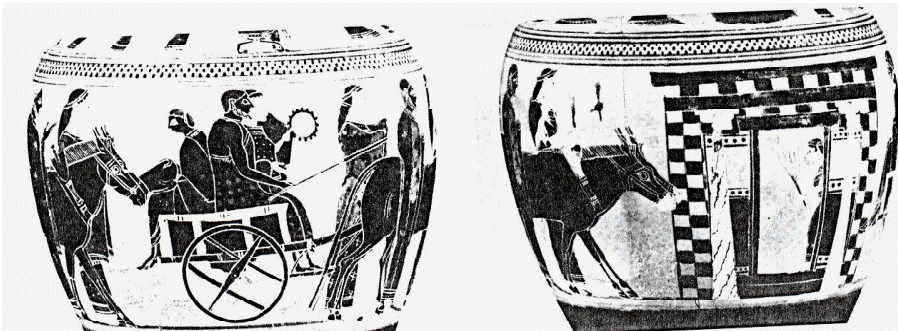


Hidria con procesión nupcial.

Algún tiempo después, el recién casado ofrecería a los miembros de su fratría un banquete, la gamelia, acto de carácter oficial en el que les anuncia su nuevo estado civil. Era un acto importante porque en la fratría habrían de ingresar los futuros hijos varones de la pareja. Y una demostración más del carácter cívico y comunitario del ritual matrimonial.

Todos los ritos relacionados con el matrimonio estaban, por lo tanto, dirigidos a la prosperidad del oikos, a la perpetuación de la cedula social y religiosa que constituía el nuevo hogar y a su integración en la estructura social de la polis.

El marido siempre tenía derecho a repudiar a su mujer, aunque no tuviera ningún motivo que alegar y, en casos como el adulterio femenino, era casi una obligación. La esterilidad debía de ser motivo de repudio frecuente, ya que el hombre se casaba esencialmente para tener hijos. El divorcio por deseo del marido no estaba sujeto a ninguna formalidad, pero era diferente en el caso de las mujeres, ya que la ley las situaba en un estado de permanente incapacidad. En estas ocasiones debía dirigirse al arconte, defensor de los indefensos y pedirle que, por escrito, accediera al divorcio. Siempre tenía que haber una causa justificada y parece que en estos casos no eran suficientes los adulterios del marido, ya que se era permisivo con la infidelidad masculina.



Lécito con procesión nupcial llegando al nuevo hogar.

Con el matrimonio, el status de la mujer variaba pero no su forma de vida, ya que debía permanecer siempre en el gineceo. Y fiel a las reglas, que marca Jenofonte en su *Económico*, sobre la *sofrosyne* de las

jóvenes, es decir, sobre su buena educación: “una esposa debía ver lo menos posible, oír lo menos posible y preguntar lo menos posible”.

Hemos visto cómo, en el momento del matrimonio, el universo femenino y el masculino se unen y participan en común de uno de los polos fundamentales de la vida familiar. Existe también otro en el que ambos mundos vuelven a ir paralelos: el momento de la muerte y los funerales. La mujer participaba activamente en los funerales de sus familiares, aunque estaba limitado que acudiesen a los funerales aquellas que tuviesen un grado de parentesco menor que el de primos hermanos. Las mujeres eran las que llevan a cabo las lamentaciones en torno al lecho fúnebre durante la exhibición del cadáver y rodeaban al carro fúnebre en su camino hacia la necrópolis. Son ellas también las que llevan ofrendas a la tumba.

LA MUJER EN ATENAS: ROLES Y FUNCIONES

El status de la mujer griega, aunque diferente según las ciudades y el grupo social al que pertenecía, era en todos los casos inferior al del hombre.



Lutróforo con escena de lamentación fúnebre.

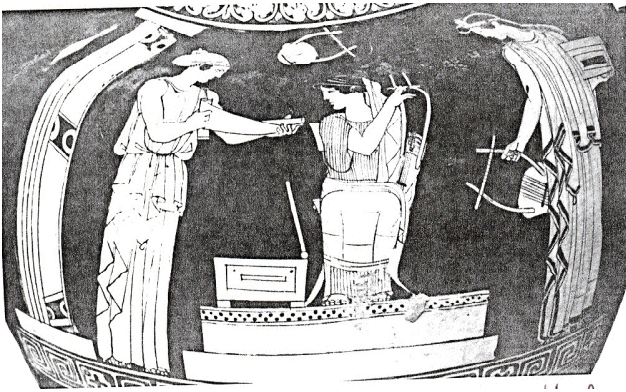
representaban sus intereses en cualquier ámbito, pero sobre todo en los tribunales, ya que su testimonio carecía de valor en ellos.

La familia ateniense prefería el nacimiento de niños varones, antes que de mujeres. En este sentido un poeta cómico firmaba “A un niño se le educa siempre, aunque se sea pobre. A una niña se la abandona siempre, aunque se sea rico”. Por lo que la práctica de abandonar a las niñas no deseadas en lugares públicos era bastante habitual.

El nacimiento se producía en casa y, si la recién nacida era niña, se colocaba una banda de lana sobre la puerta para informar a los vecinos. Al quinto o séptimo día se celebraba la fiesta familiar de Amfridomias, cuyo ceremonial incluía purificaciones de los miembros de la casa que habían asistido al nacimiento (que, como la muerte, significaba una impureza) y la realización de un ritual que consistía en correr con el niño por toda la casa. A partir de este momento, la comunidad aceptaba e integraba al recién nacido en su seno y el padre no tenía derecho a librarse de él.

La mujer ateniense no recibió una educación similar a la del hombre. Su madre era la encargada en el interior del hogar de enseñarle las funciones propias de su sexo: las tareas y la dirección de la casa y sus esclavos y, en ocasiones, nociones de lectura y escritura, canto y cálculo. La mujer ateniense de época arcaica y clásica no era, por tanto, una mujer culta. Algunas mujeres sí habían estudiado, como Aspasia, la amante de Pericles, de la que ya en la Antigüedad se ensalzaban su cultura y educación, y a la que dicen que el mismo Sócrates admiraba. En el caso de las casas ricas atenienses, podían encontrarse actividades culturales femeninas paralelas en el interior del hogar, que se oponían a las actividades políticas y masculinas del ágora. Una hidria de colección privada representa a dos mujeres y una acólita tocando la lira en el interior de su casa y quizás recitando poemas. Pero se trata, en cualquier caso, de excepciones a la regla general (recordemos por ejemplo la escuela de Safo) y siempre de casos concretos de las mujeres ricas atenienses.

Antes y después del matrimonio, las mujeres vivían recluidas en el gineceo que, en el caso de las familias acomodadas, era amplio y con un patio interior. No se cerraba con llave, pero la costumbre era suficiente para mantenerlas allí. Su deber era ocuparse de la casa con diligencia y economía. Allí ella era la *despoina*, la señora, y debe gobernarla con mano férrea. Era ella, por ejemplo, la que custodiaba las llaves de la bodega y de la despensa, símbolos de su autoridad, y la que debía dirigir a las esclavas en las tareas del hogar o hacerlas ella misma, si no pertenece a una familia acomodada. Dentro de estas tareas estaban, por ejemplo, las de amasar el pan, hacer la comida, sacar el agua del pozo, tejer los vestidos de la familia... De la compra



Hidria. Mujeres tocando la lira..

se ocupaban por regla general el marido y los esclavos. Una mujer de buena moral, que quiera tener una conducta intachable, no debe ni siquiera interesarse por lo que ocurre en la ciudad, fuera de su casa, ya que eso concierne sólo al marido. Estaba excluida, además, de los simposios y de las reuniones populares, en las que participaba el hombre. Las salidas fuera de la casa eran pocas, limitadas e indispensable: por un acontecimiento familiar, un matrimonio o una visita y debía ir siempre acompañada por una de sus esclavas. Estas ocasiones eran las únicas en las que se relacionaba con los otros miembros masculinos de la familia, marido aparte, claro está.

Las grandes fiestas ciudadanas eran también un momento en el que se permitía a la mujer salir de su casa e integrarse en la vida comunitaria. Participaba activamente en ellas, bien como sacerdotisa, bien como espectadora. El sacerdocio femenino era una forma de alcanzar un status privilegiado y, en ocasiones, de poder. Por poner ejemplos no atenienses, la Pitia o sacerdotisa principal de Delfos era una mujer; en Argos, era la sacerdotisa de Hera la que daba nombre al año. En Atenas, cuentan incluso con fiestas exclusivamente dedicadas a las mujeres casadas, como son las Tesmoforias. En estas ocasiones incluso podían asistir al teatro, preferiblemente a tragedias, ya que las comedias solían tener un carácter más licencioso.

Un tipo de mujer más libre son las hetairas, cortesanas que participaban en los banquetes con los hombres, y que en ocasiones recibían una educación más libre y amplia que las demás mujeres atenienses, sobre todo en el campo de la música, el canto y la danza. Podían ser libre o esclavas.

Es necesario distinguir, siempre, entre las diferentes clases sociales. Frente a la moral transmitida por los poetas y dramaturgos de que la mujer recatada y honrada debía permanecer recluida en el interior del hogar y salir sólo en ocasiones especiales, las muje-



Lécito. Mujeres tejiendo e hilando.

mercado) a la subsistencia de la economía familiar.

res de las clases más bajas debieron de ser más laxas en sus costumbres, ya que se verían obligadas a contribuir con su trabajo (por ejemplo, la venta en el

También hay que distinguir entre las diferentes épocas de la historia griega, ya que según avanza ésta, las excepciones a esta moral son también cada vez más frecuentes. Ya en la Atenas de finales del s.V a.C., con los hombres ausentes por motivos bélicos, como la guerra del Peloponeso, las mujeres adoptan una forma de vida más libre, a imitación de las espartanas. La situación llegó a tal punto que provocó incluso la creación de una magistratura para controlar la conducta de las mujeres y su lujo. El magistrado encargado de esta tarea se llamaba gineconomo.

En época helenística, la libertad de la mujer va en aumento, según algunos autores por influencia de las grandes reinas de este período. Las corrientes filosóficas, como el estoicismo posterior a Zenón, defienden el matrimonio y la familia, pero comienzan a reconocer la igualdad entre el hombre y la mujer. La mujer tiene ahora más libertad para elegir esposo, ya que entra en consideración el tema del amor, hasta ahora excluido de estas conjeturas, y comienza a interesarse más por la cultura, como demuestra el círculo de Epicuro.

OTROS MODELOS CONTRAPUESTOS A LA MUJER ATENIENSE

Frente a las restricciones que hubo de soportar la mujer en Atenas, otras ciudades y regiones de Grecia fueron más permisivas y liberales con ellas. La mujer espartana tuvo muchas más libertades que la ática. No vivía encerrada en su casa y recibía educación en el gimnasio, al igual que los jóvenes. Practicaba desnuda ejercicios atléticos, como el lanzamiento de disco y de jabalina y la lucha; cantaba y danzaba al son de la música. En otros lugares, como Tesalia, Mégara, Amorgos, Teos y Delfos, las mujeres tenían derechos de posesión y plenos poderes en los actos jurídicos.

Así mismo, mujeres de otros ámbitos del mediterráneo gozaron de una mayor libertad que las griegas, por ejemplo, la mujer etrusca, ampliamente criticada por las fuentes griegas (Teopompo, Aristóteles) por su libertinaje. La mujer etrusca no estaba obligada a permanecer en el interior de su casa y podía salir libremente de ella. Participaba de los banquetes junto a los hombres y compartía las mismas mesas: participaba, en fin, de las diferentes manifestaciones de la vida pública y privada.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre nuestra hidria y el tema de las muchachas en la fuente:

- Olmos, R.; Balmaseda, L.J., "El tema de "las muchachas en la fuente" en unas hidrias áticas del MAN", en Archivo Español de Arqueología, (50-51) 1977-1978, p. 15-30.
- Olmos, R.; Sanchez, C., Imágenes de la Antigua Atenas, Madrid, 1988.

Sobre la cerámica griega con otras representaciones relacionados con lo femenino en el MAN y otros museos:

- Cabrera Bonet, P (ed.), La colección Várez Fisa en el MAN, Madrid, 1999
- VV.AA., La cité des images. Religion et société en Grèce antique, Paris, 1984.



PIEZA DEL MES
Departamento de Difusión

Sábados: 17,30 h.
Domingos: 11,30 y 12,30 h.
Duración aproximada:
30 minutos
Entrada libre y gratuita

Texto:
Igor Ochoa Soto

Asesoramiento científico:
Dpto. de Antigüedades
Clásicas

Maquetación:
Luis Carrillo

Sobre la mujer y el matrimonio en Grecia:

- VERILHAC, A-M.; VIAL, C., Le mariage grec du VIème siècle av. J.C. à l'époque d'Auguste, Paris, 1998.
- CANTARELLA, E. La calamidad ambigua: Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana, Madrid, 1991.
- ARCHER, Leonie, J., et al. Women in Ancient Societies: An Illusion of the Night. N. York, 1994.
- MC'AUSLAN, I., WALCOT, P (eds.), Women in Antiquity, Oxford, 1996.

VISITAS RECOMENDADAS

- El Museo Arqueológico Nacional de Madrid dispone de la colección de vasos griegos más importante de España. En el Museo Arqueológico de Tarragona puede visitarse hasta el 4 de febrero la exposición "Reflejos de Apolo", sobre el deporte en la antigüedad mediterránea, que presenta una gran cantidad de vasos griegos..
- A nivel europeo, las mejores colecciones son las del Museo Nacional de Atenas, Museo del Louvre (París) y Museos Vaticanos (Roma). Una visita a sus páginas webs puede resultar muy interesante:

www.culture.gr/2/21/214/21405m/e21405m1.html
www.louvre.fr
www.christusrex.org/www1/vaticano/

